

REVISTA DE ENFERMERIA

ROL

Con este número
se adjunta el Suplemento 8
de FORMACIÓN PERMANENTE

Ediciones ROL, S.A. San Elías, 31-33 - Barcelona-6 - Año VI - Número 56 - Marzo 1983

- La enfermera y la colza
- Psicoprofilaxis del parto
- Los injertos
- Andalucía: Mortalidad infantil



SA

CARTA AL LECTOR

Dos años de colza

El próximo primero de mayo será mucho más que el Día internacional del trabajo –de San José Obrero, prefería la democracia orgánica– en España: se cumplirán exactamente dos años de la muerte de un niño de ocho años de edad, primero de una lista interminable: los muertos de la colza.

Antes –entre el 21 y el 25 de marzo, en Madrid– cuarenta investigadores españoles y norteamericanos se habrán reunido para discutir sobre este absurdo mal que la Medicina ha bautizado *síndrome tóxico epidémico*. Tres mesas de trabajo estudiaron, en aquella reunión, otros tantos temas: epidemiología, investigación clínica e investigación científica.

En fin, el 15 de enero pasado, un millar y medio de víctimas de la enfermedad se encerró en la Iglesia de San Pablo (Madrid) para que el Gobierno pusiera en práctica las 64 medidas auspiciadas por el PSOE (Partido Socialista Obrero Español), en 1982, en el debate parlamentario sobre la epidemia.

Los encerrados pedían más. Y no les faltaba razón. Por ejemplo, una «investigación seria que descubra las causas del envenenamiento»; «auditoría de los catorce mil millones de pesetas gastados por el Plan Nacional»; «investigación y publicación de las causas por las que el síndrome afecta más a las mujeres que a los hombres».

Esta peste que se derrumbó sobre todo España, que primero se atribuyó al extranjero, como todas –la base de Torrejón de Ardoz, en Madrid, era señalada como epicentro–, luego se emparentó a la enfermedad del legionario, después a una neumonía, era en definitiva una peste con pista. Y folklórica.

Como un castigo a *delitos de centralismo*, hacia la primera semana de junio de 1981 cerca de tres mil enfermos fueron ingresados en Madrid y provincias vecinas (hasta 350 ingresos diarios en algunos hospitales), en una escalada que en 1983 –marzo pasado– se cifraba en más de trescientas muertes y de veinte mil víctimas. Pocas en Andalucía y en Barcelona, donde el aceite de oliva es muy conocido.

Porque todo un capítulo de costumbres –picaresca, churros, fraude–, cabe en la terrible historia: el descontrol alimentario, la tendencia a comprar duros a pesetas, la ignorancia sobre el olor y sabor del verdadero aceite de oliva (auspiciada por décadas de fraude más o menos legal). Y hasta lo descompensado –exceso de fritos, nada de verduras– de la dieta en ciertas regiones.

También, la lentitud administrativa, que dejó pasar semanas preciosas antes de culpar a la colza y secuestrar tres millones de litros de aceites supuestamente tóxicos. Y la desinformación de la gente, su testarudez o desconfianza o miseria (como aquella mujer que, en la televisión, hacia el verano de 1981,

con un alta temporal en el bolsillo, regresaba a su casa dispuesta a terminar el bidón de cinco litros porque: «¿El aceite? ¡Qué va! Esto es un virus»).

Es interesante –desolador– constatar que fue preciso un Consejo de Ministros del 125 de enero de 1983! para que el Gobierno aprobara una regulación técnico-sanitaria de los aceites comestibles. Y todo esto reafirmó en sus ideas a quienes saben que salud es algo diferente de sanidad y, absolutamente, otra cosa que asistencia médica.

En esta España de los presupuestos de la Seguridad Social billonarios, similares a los presupuestos del Estado, el síndrome dejó a la medicina boquiabierta –como es lógico–, pero también mostró la ausencia de un dispositivo sanitario de emergencia, para enfrentar a estas catástrofes y, especialmente, la desastrosa situación sanitaria y la anarquía del sector alimentario.

Pero ¿qué tipo de enfermedad es el síndrome y qué puede hacer, en el cuidado de tales enfermos, el personal de enfermería? En periodismo, la mejor respuesta es una entrevista. ROL decidió conversar, en Madrid, con una enfermera que lleva un año y medio en UCI, con víctimas de la colza.

También dedicó su portada a esta catástrofe de la sanidad, la sociedad, la saciedad y la suciedad españolas. La *cover-story* o artículo de portada incluye una pequeña introducción al tema y una visión científica de las ventajas del aceite de oliva, esa inocente víctima del síndrome, símbolo sin embargo de salud y hasta de siglos de cultura mediterránea.

Este sarampión de los cinco años viene con algunas novedades más: una página de noticias breves (*Gota a Gota*) y esta *Carta al lector* como pseudopodio del *Editorial*.

A fin de responder a sugerencias y llamados se reproduce nuevamente el Protocolo de redacción (¡Publicar en ROL, puntúa!), se prepara la inclusión de una página de Correo y dos de libros (técnicos y generales), además de una leve apertura al mundo cultural en el que se mueve, también como todos los ciudadanos–, el personal de enfermería.

Y, como siempre, la colaboración de los profesionales: los injertos, el transporte sanitario, el síndrome de Guillain-Barré, la patología cardíaca, ocupan la –digamos– zona técnica. La pasión de estadígrafos de unos estudiantes de Granada revela que, a pesar de su relativa pobreza, la infancia de Andalucía goza de buena salud.

También se aprende que el personal de enfermería puede desdoblarse en profesor de salud pública, en las escuelas, y cómo una profesional puede resumir –de forma práctica y en pocas páginas– las tan difundidas técnicas de psicoprofilaxis del parto.